

para impedir la marcha de los dragones. Mientras se efectuaba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba Drouet el mejor caballo que tenia, y salia á todo escape en direccion á Varennes, para llegar allí mucho ántes que los coches y poder dar parte á la municipalidad de lo que habia notado, alarmar á los patriotas y proceder en seguida á arrestar al monarca, que, ignorante de lo que pasaba, seguia su marcha en la misma direccion, corriendo tras de su inevitable destino.

Drouet no tenia la menor duda en que llegaria á Varennes mucho ántes que el rey, que, precisado á seguir el camino real, tenia que dar un gran rodeo, en tanto que el otro tenia uno de herradura que le hacia atajar cuatro leguas. Sin embargo, por un capricho de la suerte, tambien corria la muerte en pos de Drouet, que estaba tan ignorante del peligro que le amenazaba, como ajeno se hallaba Luis XVI de que dentro de muy poco no habria ya para él ninguna esperanza de salvacion.

Un sargento de dragones habia logrado montar á caballo y burlar la vigilancia del pueblo. Instruido por el comandante de la partida precipitada de Drouet, y no ocultándosele cuál podria ser su objeto, salió en su persecucion á todo escape, seguro de alcanzarle y resuelto á matarlo. Seguiale en efecto sin perderle de vista, pero siempre á cierta distancia por no infundir sospechas, aunque ganando insensiblemente terreno, hasta dar con un sitio en donde pudiese ejecutar á mansalva lo que meditaba. Drouet habia vuelto muchas veces la cabeza por ver si álguien iba tras de él, y al descubrir aquel jinete que siempre iba siguiéndole la pista, comprendió cuál podia ser su intencion. Drouet era hijo del país, y por consiguiente conocia perfectamente todas las sendas, atajos y demas caminos de travesía; así es que al llegar á uno que no estaba muy distante, torció de direccion y muy pronto se internó en un bosque, dejando burlado al dragon, que ya no volvió á verle más. De este modo, y prosiguiendo su carrera á rienda suelta, llegó á Varennes en el tiempo que habia calculado.

El rey fué reconocido en Clermont por el conde Cárlos de Damas, que le aguardaba allí á caballo con dos escuadrones de dragones para marchar detras de él; pero la municipalidad, dominada por vagos terrores, sin poner obstáculo á la marcha de los carruajes del rey, mandó á los dragones que no se moviesen, á pesar de la órden que para ello tenian de su jefe. El cuerpo popular fué obedecido por la tropa, y el conde de Damas, abandonado de sus soldados, logró escaparse acompañado de un sargento y dos dragones, y los cuatro pusieron sus caballos al galope, siguiendo al rey á alguna distancia. ¡Socorro débil y muy tardío ya!

Encerrada la familia real en su berlina, le eran desconocidos todos estos incidentes, y llegaba á Varennes á las once y media de la noche, sin haber hallado el menor obstáculo en el camino. Todo estaba desierto y silencioso en el pueblo, y sus vecinos dormian tranquilamente, ó al ménos aparentaban hacerlo. El lector no habrá olvidado que este pueblecillo estaba separado de la linea de postas de Chalons á Montmedy, por cuya razon no podia el rey encontrar allí relevo de caballos. Tampoco habrá olvidado quizá que para obviar este inconveniente habia resuelto Mr. de Bouillé que los caballos del duque de Choiseul estuviesen en un sitio determinado del lugar, para engancharlos á los carruajes y llegar con ellos hasta Stenay, en donde Mr. de Bouillé aguardaria al rey. Hemos visto igualmente que, en virtud de las instrucciones de este general, el duque de Choiseul y Mr. de Goguelat debian haber aguardado al rey en Pont-Sommevesle, á la cabeza de cin-

cuenta húsares, para escoltarle despues; pero ni le habian aguardado, ni habian podido seguirle, como es consiguiente. De esta falta y de haberse dirigido á Varennes desde Pont-Sommevesle por el camino más largo, por evitar el paso por Saint-Menehould, resultó que estos dos oficiales no pudieron llegar á Varennes sino una hora despues que la familia real. La única razon que puede justificar el gran rodeo que tuvieron que hacer por no haber seguido su marcha por el camino real, es la alarma que habia producido su presencia en Saint-Menehould el dia anterior. Los coches del rey se hallaban detenidos entre tanto á la entrada de Varennes.

Atónito y sorprendido el rey de no ver llegar á Mr. de Choiseul y á Mr. de Goguelat á la cabeza de la prometida escolta, y no ménos admirado de que tampoco llegasen los caballos que habian de engancharse á los coches, aguardaba con impaciencia oír el chasquido de algun látigo que le anunciase la proximidad de los postillones; pero aguardaba en vano, porque á pesar de haberse apeado los guardias de corps y de haber andado de puerta en puerta inquiriendo en dónde podrian estar los anhelados caballos, nadie pudo darles una respuesta satisfactoria.

XIV

La poblacion de Varennes se divide en alta y baja, separadas una de otra por un puente. Mr. de Goguelat habia colocado los tiros de relevo en la parte baja, al otro lado del puente; medida acertada, porque de este modo lo atravesaban los coches con los caballos que traian desde Clermont, y porque en caso de una conmocion popular, se engancharan en un momento los que estaban descansados y se les ponía desde luégo á todo escape, con lo cual era muy difícil que los alcanzasen. La gran falta estuvo en no advertir al rey esta determinacion. Llenos de una inquietud imposible de describir, se apearon del coche el rey y la reina y anduvieron errantes por las desiertas y silenciosas calles del barrio alto, buscando con la vista el sitio en que podrian estar los caballos, y llamando en todas las casas donde veian luz, para adquirir noticias de lo que tanto deseaban; pero nadie entendia lo que querian decir. Al ver el ningun fruto de sus diligencias, vuelven desanimados á recobrar los coches, y allí hallan á los postillones jurando y amenazando con que van á desenganchar y á marcharse. El oro y las promesas deciden por fin á estos hombres soeces á montar á caballo y seguir adelante. Arrancan los coches de nuevo, y los viajeros se tranquilizan y cuentan hallarse dentro de breves minutos en el campamento de Mr. de Bouillé. Atraviesan sin obstáculo el barrio alto, cuyas casas, todas cerradas, reposan en la calma más engañosa: sólo algunos pocos hombres están despiertos, y éstos se hallan ocultos y guardan el más profundo silencio.

Elévase una torre en la cabeza del puente, que separa el barrio alto del bajo, torre feudal, colocada sobre una sombría bóveda por donde los coches tienen forzosamente que ir al paso, y en donde el más insignificante obstáculo es suficiente á detener su marcha. Reliquia del feudalismo y lazo siniestro en donde la nobleza prendia en otros tiempos á los pueblos, esta torre estaba destinada á que el pueblo preparase en ella una emboscada en que cayese toda una familia de reyes. Apenas han penetrado los coches en aquella oscuridad, cuando, espantados los caballos á la vista de una carreta y de otros objetos que les impedian el paso, se de-

tienen, y en el mismo instante cinco ó seis hombres armados salen de entre aquellas densas tinieblas, se abalanzan á coger los caballos por las bridas, asaltan las portezuelas del coche é intiman á los viajeros que se apeen y que vayan con ellos á la municipalidad á dar cuenta de sus personas.

Drouet era el que capitaneaba á aquellos hombres y el que se atrevía á mandar con tanto imperio á su soberano. Este jóven, quizá más fanático que malvado, apenas llegado al pueblo, fué á despertar á otros patriotas de su misma edad, á los que contó, azorado todavía, los recelos que había concebido, procurando avivar en sus pechos la misma agitacion de que estaba tan fuertemente dominado en aquel momento. Inciertos, sin embargo, estos jóvenes de la realidad de semejantes sospechas, ó queriendo reservar para sí la *gloria* de prender por sus manos al rey de Francia, no habían dado conocimiento á la municipalidad de lo que meditaban, ni trataron de alarmar al pueblo. En el febril delirio de su exaltacion patriótica, creían que ellos solos constituían la Francia.

A esta súbita aparicion, al oír los gritos de aquellos jóvenes frenéticos y al reparar en el opaco resplandor que arrojan sus sables y bayonetas, los guardias de corps echan mano de las armas que llevaban prevenidas, y dirigen una mirada al rey, consultando lo que deben hacer; pero S. M. les prohíbe terminantemente que usen de ellas para abrirse paso. Entónces dan la vuelta los carruajes, y escoltados por Drouet y sus camaradas, se dirigen á casa de un especiero, llamado Sausse, síndico procurador del canton de Varennes. Allí hacen apearse á los ilustres viajeros para examinar sus pasaportes y averiguar si son fundadas ó no las concebidas sospechas. Al mismo tiempo Drouet y sus asociados recorren las calles del pueblo, llaman á los puestos, se apoderan del campanario y empiezan á tocar á rebato. Asustados los vecinos al oír este toque, saltan del lecho sobresaltados; los guardias nacionales del pueblo y de las inmediaciones se arman con velocidad, y van acudiendo uno tras otro á la puerta de Mr. Sausse, en tanto que otros vuelan al cuartel para sobornar la tropa ó desarmarla.

Inútil es que el rey niegue en un principio su alta categoría: sus facciones y las de la reina no permiten dudar de la identidad de sus personas, y en este conflicto, el rey se decide á tentar la vía de la persuasion, por ver si de este modo puede lograr la apetecida libertad. Descúbrese entónces al síndico y demas individuos de la municipalidad, y cogiendo las manos de Mr. Sausse, dirige á todos las siguientes palabras:

«En efecto, yo soy vuestro soberano, y confío á vuestra fidelidad la suerte de mi esposa, la de mi hermana y la de mis hijos. Nuestras vidas, los destinos del país, la paz interior y la salvacion de las nuevas instituciones, todo está en vuestras manos. ¡Dejadme marchar! No creais que trato de emigrar á país extranjero, no; nunca he pensado en salir de Francia. Iba á presentarme en medio de una parte de mi ejército y á establecerme en una ciudad fronteriza, con el doble objeto de recobrar una libertad de que los facciosos me han despojado en Paris, y al mismo tiempo para tratar desde allí con la Asamblea, dominada como yo por el terror del populacho. No es mi ánimo abolir la Constitucion, al contrario, quiero consolidarla. Si persistis en detenerme, ¡ay de ella!... ¡ay de mí!... ¡ay de la Francia!... ¡A vosotros me dirijo como hombre, como esposo y como ciudadano!... No os opongais á mi marcha, y dentro de una hora la Francia y nosotros nos habrémos

salvado. ¡Hasta ahora no he hecho más que suplicaros, pero si aún conservais en vuestros corazones esa fidelidad que revelan vuestras palabras hácia el que un dia fué vuestro dueño, os mando como rey que me franqueeis el paso!»

XV

Enternecidos aquellos hombres y respetuosos en medio de la violencia que estaban ejerciendo, titubeaban y parecían vencidos por las enérgicas palabras que acababan de oír de boca del monarca.

Sus rostros, por donde corrían abundantes lágrimas, daban indicios de la lucha interior que estaban sufriendo entre acceder á esa compasion que in-



Mr. de Bouillé arrolló á aquellos hombres...—Pág. 75.

funde naturalmente un cambio tan repentino de la suerte, ó cumplir con su conciencia como patriotas. El espectáculo de un rey en actitud suplicante que les estrecha las manos, el de una reina alternativamente majestuosa y abatida, que arrodillada trata de arrancar el apetecido *si* de la boca de aquellos hombres, ya por medio de las súplicas, ya apostrofándolos en un acceso de desesperacion, todo esto les confunde y les trastorna. Gustosos accederían si no escuchasen sino la voz de su conciencia; pero temen que los juzgue el pueblo demasiado indulgentes y que les pida cuenta de su rey, temiendo igualmente que la nacion se la pida de su jefe. El egoísmo endurece aquellos corazones. La mujer de Mr. Sausse, á quien su marido consulta con una mirada y en cuyo corazón juzga la reina hallar fácil acceso, permanece insensible. Sentada la reina encima de los fardos de que está llena la tienda, teniendo sus hijos sentados sobre las rodillas,

llama la atención de la esposa de Sausse hácia estos interesantes niños, diciéndole. «Señora, también vos sois mujer y madre; la suerte de otra mujer y de otra madre infortunada se halla en vuestras manos. ¡Considerad lo que debo sufrir en este momento por mi marido y por mis hijos! ¡Vos podeis devolvérmelos, y la reina de Francia os deberá el trono y la vida!» «Señora,—responde secamente aquella mujer, con el frío cálculo del egoísmo,—quisiera seros útil, pero así como vos pensais en la suerte del rey, yo debo pensar en la de mi marido.»

Inútil es buscar compasión en otra parte cuando no se halla en el corazón de una mujer.

Indignada la reina, se retira con sus hijos y con madama Isabel á un cuartito que habia encima de la tienda, y al verse sola prorrumpe en amargo llanto. Rodeado el rey de los guardias nacionales, permanece en la tienda, desesperando de poder convencerlos; sube y baja continuamente la miserable escalera de madera de aquella modesta habitacion, yendo alternativamente á consolar á la reina, á su hermana y á sus hijos. Lo que no ha podido obtener excitando la compasión, espera alcanzarlo del tiempo y de la fuerza, sin poder llegar á convencerse de que aquellos hombres, que tanto respeto y tanta sensibilidad manifiestan, persistan en detenerle hasta recibir órdenes de la Asamblea. Confía sobre todo en que se verá libre por las fuerzas que manda Mr. de Bouillé, que sabe se halla allí detenido, y que vendrá indudablemente á libertarle ántes que vuelvan los correos que se han despachado á Paris noticiando la detención del monarca. Lo único que le admira es que tarde tanto en llegar el socorro. La noche corre, sin embargo, con velocidad, y el ansiado socorro no viene.

XVI

El oficial que mandaba los húsares apostados en Varennes no estaba iniciado en el secreto. Sólo se le habia dicho que tenia que escoltar un convoy de dinero que pasaria por allí. Al coche del rey no le habia precedido ningun correo, ni tampoco se le habia prevenido de Saint-Menehould que tuviese dispuesta su tropa. Mr. de Goguelat, que debia haberse hallado en Varennes ántes que el rey, para comunicarle las órdenes secretas relativas á la mision que iba á desempeñar, no habia comparecido; de suerte que aquel pobre oficial estaba entregado á sus propias inspiraciones.

Otros dos oficiales á quienes Mr. de Bouillé habia confiado todo el plan, se hallaban también en el pueblo y estaban alojados en la parte baja, en la misma casa en que se habian colocado los caballos de Mr. de Choiseul, que habian de servir para el coche del rey. Estos oficiales ignoraban completamente lo que pasaba en la parte alta, y tampoco tenian ningun soldado á sus órdenes; así es que aguardaban tranquilamente la llegada de Mr. de Goguelat, cuando el toque de rebato les hizo saltar del lecho azorados y sin saber á qué atribuirlo.

Entre tanto Mr. de Choiseul y Mr. de Goguelat galopaban seguidos de sus húsares en dirección de Varennes. El conde de Damas y sus tres fieles dragones, que á duras penas habian podido escaparse de Clermont sin ser vistos, se reunieron con ellos en el camino. Este puñado de valientes llegó á las puertas de Varennes tres cuartos de hora despues del arresto del rey. En la puerta fueron detenidos y reconocidos por los guardias nacionales, que les hicieron echar pié á tierra

ántes de franquearles la entrada. Mr. de Choiseul y sus dos compañeros pidieron que se les dejase hablar con S. M. En esto no hubo dificultad, pero el rey les prohibió terminantemente que usasen de la fuerza, porque esperaba de un momento á otro la llegada de Mr. de Bouillé con el grueso de las tropas fieles. Sin embargo, Mr. de Goguelat sale impaciente de la casa, y viendo á los húsares en la plaza mezclados con las gentes del pueblo, quiere probar su fidelidad, y dirigiéndose á ellos, les dice imprudentemente: «Húsares, ¿estais por la nacion ó por el rey?» «¡Viva la nacion!»—responden los soldados.—«Nosotros siempre estaremos por ella.» El pueblo aplaude al oír esta respuesta, y un sargento de la guardia nacional toma el mando de los húsares. Escápase entónces el comandante, va á reunirse con los otros dos oficiales de que hemos hablado anteriormente, y los tres salen del pueblo en dirección de Dun, para avisar á su general de lo que está pasando.

El pueblo habia hecho fuego á estos dos oficiales cuando, al saber la detención de los coches, habian tratado de incorporarse con el rey. Toda la noche se habia pasado en los acontecimientos que hemos referido, y los guardias nacionales de las inmediaciones iban llegando á Varennes. Levantábanse barricadas entre las dos partes en que se dividia el pueblo, y la municipalidad enviaba aviso á las de Metz y Verdun para que mandasen tropas y artillería que poder oponer á cualquier tentativa por parte de Mr. de Bouillé, que, advertido de todo, volaba en auxilio del monarca.

Entre tanto toda la familia real, sin desnudarse, se entregaba al descanso, martirizada por el continuo ruido que formaba un pueblo inquieto, y que iba aumentando por momentos debajo de sus ventanas. En tal estado se hallaban las cosas en Varennes á las siete de la mañana. La reina no pudo conciliar el sueño. Sublevaronse todas sus pasiones de mujer, de madre y de reina, y fué tal el ataque interior que en su alma produjeron la indignación, la desesperación y el terror, que sus cabellos, rubios el día anterior, aparecieron enteramente canos al siguiente.

XVII

Nada se habia traslucido en Paris de la fuga del rey, y Mr. de Lafayette, que habia ido dos veces á las Tullerías para asegurarse por sí mismo del exacto cumplimiento de sus órdenes, se habia vuelto á su casa á medianoche, muy ajeno de que se le hubiese escapado su presa. Hasta las siete de la mañana del 21, en que los criados entraron en los cuartos de las personas reales, que hallaron vacíos y las camas sin tocar, no se esparció el terror entre la guardia de palacio. Véase que los fugitivos llevaban diez horas de ventaja á los que fuesen en su persecucion, y esta idea, unida á la de que podrian llevar gentes que los custodiasen, aterrorizaba á sus carceleros.

Paris empezaba á conmoverse, y hasta en los arrabales se sabía ya el funesto acontecimiento. Los ciudadanos se daban los buenos días con estas siniestras palabras: «¡El rey se ha escapado!» Al principio nadie queria creerlo, aunque todos se dirigian en tropel á las Tullerías para asegurarse del hecho, y para prorumpir en invectivas contra los traidores. El nombre de Mr. de Lafayette corria de boca en boca maldecido por el pueblo. «¿Es estúpido ó cómplice?»—se decian los unos á los otros.—«¿Cómo pueden haberse fugado tantas personas, á no haber conniven-

cia por parte del que debía impedir su fuga?» Entre tanto el pueblo amotinado forzaba las puertas del regio alcázar y recorría los suntuosos salones que jamás se había figurado pisar, vengándose en los objetos inanimados del largo respeto que le había infundido hasta entónces aquella mansion. Pasaba en un momento del terror á la rísa, y ya descolgaba un retrato del rey y lo ponía á la puerta de palacio como si estuviese de venta, ya se apoderaba del lecho de la reina, como hizo una revendedora de cerezas que estableció allí su puesto, diciendo: «Hoy toca á la nacion colocarse con toda comodidad». Trataron de poner á una jóven un gorro de la reina, pero lo pateó con desprecio é indignacion, creyendo que era una afrenta para ella el colocar sobre su cabeza áquel prendido. Sólo respetó el pueblo el gabinete del Delfín, enternecido á vista de los libros, mapas y demas instrumentos que servian á darle una esmerada educacion. Las calles y plazas públicas estaban cubiertas de un gentío inmenso, los guardias nacionales se iban reuniendo precipitadamente al toque de generala, y el cañonazo de alarma se oía de minuto en minuto. Volvian á aparecer los hombres de las picas y de los gorros de lana, corriendo en todas direcciones. El cervecero Santerre, agitador perpetuo de los arrabales, conducía él solo dos mil hombres armados de este modo; la cólera del pueblo empezaba á ser mayor que el terror que le había dominado en un principio, y le hacía prorumpir en cínicas palabras, y ejecutar millares de insultos contra la dignidad real. En la plaza de Greve mutiló el busto de Luis XVI, colocado bajo la fatal linterna que había servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. «¿Cuándo concluiremos de una vez—exclamaban aquellos frenéticos demagogos—con estos reyes de mármol y de bronce, monumentos vergonzosos de la esclavitud?» En las estamperías se apoderaba el pueblo de todos los retratos del rey, y los hacía pedazos ó pintaba una venda sobre sus ojos. En las muestras de los artesanos de palacio se borraban los nombres de los príncipes. Al nombre de palacio real se sustituía el de palacio de Orleans, y en los clubs, reunidos precipitadamente, se oían declamaciones furiosas. El de los Franciscanos declaraba que la Asamblea nacional había entregado la Francia á la esclavitud, proclamando hereditario el derecho de sucesion á la corona, y pedía la destitucion del rey y que el reino se constituyese en república. Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Los más absurdos rumores circulaban entre aquellos hombres, desvaneciéndose inmediatamente. Los unos decían que el rey se había dirigido á Metz, y los otros aseguraban que se había escapado por un albañal de palacio. Camilo Desmoulins excitaba la alegría del pueblo como la forma más insultante de su desprecio; y al mismo tiempo se fijaban carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un módico hallazgo al que presentase los animales dañinos é inmundos que se habían escapado de aquella casa. Otra porcion de oradores improvisados, subidos encima de sillás, hacían al aire libre y en medio del jardín las mociones más extravagantes. «Pueblo,—decían,—sería una lástima que nos volviesen á traer á ese rey pérfido. ¿Qué haríamos de él? Vendría como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos ménos de enternecernos. Si acaso vuelve, pido que sea expuesto por tres días á la irrisión pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia hasta la frontera, y que allí se le eche del reino á puntapiés.» Freron hacía repartir con profusion sus hojas volantes, en las que se leía: «¡Ya ha partido ese rey

imbécil y perjuro! ¡Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina reúne la sed de sangre de los Médicis! ¡Mujer execrable, furia que vomitó el Averno para la perdicion de la Francia, tú eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las más terribles ideas.

XVIII

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que había sucedido por la noche, nada sabía éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea, en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregi-



Mr. de Bouillé envió exploradores á sondear los vados del río...—Pág. 75.

dor de Paris, le había dado parte de que el rey y su familia habían sido *sustraidos* de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el más imponente silencio. Parecía que en este momento solemne la gravedad del peligro le comunicaba una majestuosa calma, y que la sabiduría de una nacion tan grande se había reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitucion, y aún al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por sí misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con órden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fábricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, así como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecucion con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado